

OPINIÓN



@ignaciowalker

"¡Solo recordarle a mis camaradas y compañeros que estuvimos 24 de los últimos 29 años en el gobierno!".
Ignacio Walker

@camilocayueco

"Admirable su mea culpa estimado. Mientras muchos políticos jóvenes y otros no tan jóvenes, hablan como si fueran a salvar Chile, usted le da una gran lección. Como dicen por ahí, no son 30 pesos, sino 30 años".
Camilo Cayueco

@rdparedes

"Sin ninguna ingenuidad y aunque tengamos legítimas dudas, seamos generosos y aceptemos, a partir de la gravedad de los acontecimientos y de la falta de confianza en instituciones, que 'el otro' pudo o está más abierto a cambiar de opinión y que vale la pena conversar".
Ricardo Paredes

@israelzipper

"Hay que aceptar que reapareció el tema de la Constitución. Aunque es la más modificada de la historia, puede ser cambiada, ya que lo que se le critica es la legitimidad de origen. El punto es ¿cómo? No se puede hacer por vías ilegales y la Asamblea Constituyente lo es".
Ricardo Israel

@efeortega

"¿De verdad creen que todo paró, que ya todo pasó? / Nuestra clase política se va a graduar en evadir la realidad".
Francisco Ortega

LT latercera.com

Declaración de intereses en
www.grupocopesa.cl/declaracion
Impreso en Santiago por Copesa
S.A. Teléfono de Atención a
Suscriptores: 600 8 372 372

SANTIAGO DE CHILE |
AÑO 70 | N° 25.412

SU OPINIÓN IMPORTA

Envíe sus objeciones al contenido o
cobertura del diario a
lector@latercera.com

Envíe sus cartas, con una extensión
máxima de 1.400 caracteres con
espacios a:

Email: correo@la.tercera.cl
Avenida Apoquindo 4660, Santiago.
La Tercera se reserva el derecho a editar los
textos y ajustarlos conforme a sus estándares
editoriales, en particular respecto a la
exigencia de un lenguaje respetuoso y sin
descalificaciones. Las cartas recibidas no
serán devueltas.

La legitimación de la desigualdad

Claudia Sanhueza
Académica U. Mayor y COES



Quizás lo más simple (en algún sentido) en estos momentos, es responder a la pregunta, ¿qué cambios debemos hacer para mejorar la distribución del ingreso? Eso porque a pesar de que la pregunta es relevante, profunda y aún domina la gran parte de los estudios académicos en ciencias sociales, hay políticas que han sido identificadas como exitosas en la literatura internacional.

Por una parte, están las políticas que distribuyen ingresos en el mercado laboral, como la Coordinación Solidaria Escandinava, que empodera a los trabajadores a través de la negociación colectiva en tres etapas (empresa, sector, nacional), salario mínimo, entre otras. En segundo lugar, están las políticas que distribuyen ingresos después del mercado laboral a través de impuestos y transferencias (Estado de bienestar). Estas últimas implican una carga tributaria más alta (Chile está 15 puntos porcentuales del PIB bajo la media de la OCDE), sistema tributario progresivo, derechos sociales en educación y salud, seguridad social extendida que incluye seguro de desempleo y pensiones garantizadas, y finalmente transferencias monetarias para levantar al que menos tiene. Finalmente, están las formas de producción que distribuyen en el mismo proceso productivo o a través de los impuestos, como empresas públicas y mixtas para la explotación de recursos naturales, impuesto a la riqueza, entre otras. Nada técnicamente demasiado complejo que los técnicos no puedan hacer.

Sin embargo, el problema más complejo que tenemos hoy en Chile no es identificar con qué políticas mejorar la desigualdad, sino quién y cómo se deciden. En el contexto del actual "consenso mínimo" que ha primado los últimos 30 años, este tipo de políticas han estado decididas *a priori* y según El Mercurio han sido exitosas porque se ha respetado "a pesar de las legítimas diferencias". El problema con ese "consenso mínimo" o lo que llamaré "problema constitucional" es que es de tal manera inflexible que no ha permitido que las políticas arriba descritas puedan ser aplicadas porque o necesitan más que mayoría simple (leyes supramayoritarias) como la Ley de Enseñanza o la Ley de Concesiones Mineras, lo que hace prácticamente imposible sus cambios por efectos del segundo problema, que es el Sistema Binominal, o se van al Tribunal Constitucional que les cierra la puerta. Este problema constitucional hace ya muchos años que ha impedido que las legítimas demandas por una sociedad menos desigual lleguen a cambios relevantes.

Más aún, otro de los efectos más graves es que como realmente nada puede cambiar de manera relevante, los partidos políticos no logran representar estas legítimas diferencias, transformándose el problema en una "crisis de legitimidad". Esto es, el "consenso mínimo" se ha transformado en la legitimación de la desigualdad.

Sin perder la brújula

Hernán Cheyre
Centro de Investigación Empresa y
Sociedad (CIES) UDD



Luego de todo lo ocurrido, no hay dos opiniones en cuanto a que este terremoto marca un punto de inflexión que obliga a mirar el futuro con un prisma diferente. No solo desde el gobierno, sino que en todos los actores políticos, económicos y sociales. El Presidente Piñera ya tomó la iniciativa a través de medidas concretas que implican un esfuerzo fiscal importante, y como señal política tomó la decisión de reorganizar su equipo ministerial. Este giro constituye el puntapié inicial de un sano proceso de discusión que deberá generarse en el país, con nuevas caras desde el ámbito gubernamental.

La pregunta que cabe hacerse es cuál debería ser la actitud para abordar esta nueva etapa. Un grupo va a querer aprovechar la oportunidad para hacer *tabula rasa* de lo que se rotula como "el modelo", desconociendo que ha sido esta forma de organización institucional la que creó las condiciones para que Chile experimentara un progreso económico sin precedentes. Es cierto que hay numerosos problemas que todavía no logran resolverse adecuadamente, que ha habido comportamientos inadecuados en todo el espectro por parte de actores económicos y políticos, y que persisten graves desigualdades que hay que corregir. Pero enfrentar estas dificultades no es sinónimo de desconocer lo avanzado: en treinta años el PIB per cápita (medido a paridad de poder de compra) se más que duplicó, la pobreza disminuyó de 45% a menos de 10%, y la desigualdad (medida por el coeficiente Gini, con todos sus defectos y limitaciones) muestra una disminución de 0,57 a 0,46. Si esto no es progreso, entonces qué es. No es de buen tono hablar de números en estos días, donde lo que predomina son las emociones, pero de cara a una discusión de fondo orientada a resolver nuestros problemas, la evidencia no se puede soslayar.

El gobierno tiene varios proyectos en trámite, y deberá presentar muchos otros para abordar las nuevas demandas. ¿Con qué actitud se debe enfrentar esta nueva realidad? ¿Con una capitulación y volviendo a fojas cero? Definitivamente, no. Hay principios que mantener, y herramientas puntuales para el logro de objetivos específicos que sí se pueden conversar. En momentos como éste, el diálogo y la disposición a alcanzar acuerdos es fundamental, pero cuando se está moviendo la estantería hay que protegerla en sus pilares fundamentales para evitar que se desplome. Esto significa defender con fuerza los elementos fundamentales del sistema que permitieron a Chile dar el salto de las últimas tres décadas. Este proceso surgió de un consenso, proceso que es necesario revivir.

Faltando mucho por mejorar en diversos temas y con nuevos desafíos por delante, más allá de las legítimas diferencias que persisten es necesario profundizar en todo aquello en lo que hay una mirada común. El informe que el año pasado entregó la Mesa del Acuerdo para el Desarrollo Integral se enmarca en esta línea, y por tanto constituye un buen punto de partida para el debate que viene. Las nuevas autoridades ministeriales deben estar plenamente empoderadas para liderar este proceso de diálogo que el país necesita.

ESPACIO ABIERTO

¿La última oportunidad?

El país experimentaba fuertes tensiones desde hace años. La ciudadanía pedía "Ni un peso + a las AFP", una sensible mayoría aprobaba reducir la jornada de trabajo semanal a 40 horas, sobre todo teniendo en cuenta los largos tiempos de traslado; se reclamaba por las listas de espera en la salud pública y los altos costos de la privada, y cada día era más claro que la educación no garantizaba la ansiada movilidad social.

Por su parte, el gobierno, la derecha, el empresariado y sectores de la "vieja Concertación" denunciaban el deterioro de la política, el divorcio entre ella y la razón técnica, una presunta falta de argumentos racionales en las reivindicaciones, y un supuesto populismo rampante de la izquierda. La tecnocracia se pavoneaba, presumiendo una superioridad inapelable.

Repentinamente los reclamos estudiantiles bajo el lema "evasión masiva" se transformaron en una vorágine de violencia no vista en los

últimos 30 años, no es necesario hacer un recuento, el balance está grabado, indeleble, en nuestra memoria. La cruda y generalizada violencia cambió Chile. En pocos días el Presidente de la República se vio obligado a pedir perdón, el mundo empresarial reconoció que había escuchado con "orejas cortas" -hace tiempo decíamos que el empresariado no intentaba siquiera "ponerse en los zapatos de la gente"-, y el silencio de los expertos admitió que "no la vieron venir". La izquierda que identificaba los problemas del país se vio sobrepasada, al no poder articular propuestas y coaliciones viables. Como si alguien no lo hiciera, la derecha insiste en que se condene la violencia, obstaculizando el debate.

Es indispensable que lleguemos como sociedad a entender cómo Chile derivó a esta situación, en que algunos de los propios usuarios del Metro, de aquellos que reclamaban que no existían ni supermercados ni farmacias en sus barrios los hayan saqueado y que-

mado. Tras esta anomía hay una desigualdad irritante, un permanente abuso, una galopante corrupción, una "pilleria" que alaba la "pasada" del mago de las finanzas y de la fuerza de venta. En suma, Chile se vio permeado por una ideología materialista que santifica que cada uno persiga sus fines sin preocuparse de la mayoría.

Para salir de la crisis es necesario entender esta explosión de violencia como un aviso, quizás como una última oportunidad, como lo fue el Caracazo en Venezuela. No basta, ni siquiera para empezar, elevar la PBS en 20 mil pesos, o llevar el salario mínimo a un ingreso garantizado de 350 mil. Es necesario responder a las causas que generaron la violencia. La ciudadanía lo entiende, y se manifiesta pacífica, cotidiana y descentralizadamente, incluso en los barrios acomodados, señalando que para inaugurar una nueva normalidad el gobierno tiene que dar su brazo a torcer, y escuchar a la gente.

Eugenio Rivera

Fundación Chile 21

